

Una nueva vida

Todo comenzó el día que asesiné a mi hijo adolescente. En su momento no le di mucha importancia, al fin y al cabo era mi hijo y como padre tenía el deber de asesinarlo si lo pillaba robándome un cigarrillo. Y más cuando, como era el caso, no cumplía mi Alberto los 16 años.

El caso es que desde aquel día comencé a desviarme de la ruta habitual de vuelta a casa para echar una ojeada a la juventud a la salida del instituto. Aparcaba mi viejo Opel Vectra gris dos calles más abajo, junto a la academia de inglés y recorría la manzana a pasos cortos, sacaba del bolsillo interior de la americana las gafas de sol de cristal de espejo y rebuscaba el mechero para encenderme un cigarro poco antes de pasar por la entrada del centro.

Una vez allí me detenía despreocupadamente junto a la puerta, respondía vagamente con un gesto de la mano a los compañeros de Alberto y elegía a uno, el primero que veía escupiendo al suelo después de cada calada. Dejaba que se adelantase unos pasos y me ponía en marcha. Así fue con Leo, Cristóbal, Dani y Pier.

Ya sé que no eran mis hijos y que no tengo por qué ser justiciero, pero también es cierto que tenía relación con sus padres y en todos los casos me dieron su permiso. Me reconocían una fortaleza y determinación que a ellos les faltaba para acabar con su prole y yo pensé que sería una contribución a la comunidad si lo hacía desinteresadamente.

A las dos semanas de aquello se había corrido la voz y mientras desayunaba en la cafetería que hay debajo de casa se me acercó la madre de Paloma. Su hija y Alberto habían salido juntos el año anterior y aún aquel año, antes de su muerte, solía venir por casa a hacer los deberes con él.

Su madre era tremendamente joven y parecida a ella. Tanto que tuve que agarrarle de las mejillas para asegurarme de que no era la propia Paloma disfrazada. No me lo tuvo en cuenta, la niña había nacido cuando ella apenas tenía 17 años, por lo que a sus 33 años, Raquel parecía una joven universitaria, esbelta, morena, con la piel lisa y una larga melena suelta que le cubría los hombros.

Me invitó al café y se lanzó a hablar atropelladamente, moviendo sus huesudas manos a izquierda y derecha y mirándome fijamente con sus ojos verdes, tan expresivos que no les hacían falta palabras. Me rogó que acabara con Paloma. Que hiciera una excepción y acabara con Paloma, para ser más exacto.

Paloma no fumaba, jamás les había robado un euro a sus padres para vicios y desde luego sus resultados académicos eran intachables. Era el sueño de cualquier padre o madre. Yo mismo, he de reconocerlo, quise cambiarla por Alberto el año anterior, aprovechando su romance, pero a Merche, mi mujer, no le pareció lo suficientemente lista.

El caso, me dijo Raquel, es que no podemos soportar el bullying que sufre en el instituto. Ahora que saben de tu nuevo trabajo, me insistió, los compañeros y compañeras comentan que jamás has seguido a Paloma y se burlan diciéndole que nunca la asesinarás. Como tú comprenderás, toda esta situación está afectando a sus notas y a su salud mental y ayer nos preguntó si lo podríamos hablar contigo y llegar a un acuerdo.

Miré a Raquel en silencio durante unos instantes, suspirando aquí y allá sin saber muy bien cómo empezar hasta que finalmente me arranqué con sinceridad. Escucha, Raquel, le dije con voz firme, hasta ahora tenía una justificación, pero este sería mi primer asesinato sin motivo. Comprenderás que no puedo hacerlo gratis.

Y así fue como empecé mi negocio: Marcos Ventura, asesino juvenil. Me va bastante mejor que en la gestoría y tengo más tiempo libre.